

Como si cambiar diez, quince ó veinte veces por día el objeto de un ejercicio parcial, fuese hacer sintético el trabajo; como si, por consiguiente, veinte fracciones de jornal de un peon, pudiesen dar una cosa equivalente al jornal de un artista. Suponiendo que fuese esa danza industrial practicable, y cabe desde luego asegurar que desaparecería ante la necesidad de hacer responsables de su obra á los trabajadores, y por consiguiente las funciones personales, no cambiaría en nada la condicion física, moral é intelectual del jornalero; podría cuando más, por la disipacion, consolidar su incapacidad, y de consiguiente su dependencia. Así lo confiesan los organizadores, los comunistas y otros. Aspiran tan poco á resolver la antinomia de la division, que admiten todos, como condicion esencial de la organizacion, la jerarquía del trabajo, es decir, la clasificacion de los trabajadores en particularios y en generalizadores ó sintéticos, y que en todas las utopias, es considerada como eje, la distincion de las capacidades, fundamento ó pretexto eterno de la desigualdad de bienes. Reformadores que sólo se hacian ya recomendables por la lógica de sus planes, y que despues de haber declamado contra el *simplismo*, la monotonía, la uniformidad y el particularismo del trabajo, vienen luego proponiendo una *pluralidad* como una *síntesis*; inventores tales, digo, están juzgados y deben ser mandados á la escuela.

¿Pero cuál es la solucion de V., señor crítico? me preguntará tal vez alguno de mis lectores. Muéstranos V. esa síntesis que, conservando la responsabilidad, la personalidad, en una palabra, la especialidad del trabajo, ha de reunir la extrema division y la mayor variedad en un todo complejo y armónico.

Tengo la contestacion á mano: Interroguemos los hechos, consultemos la humanidad; no podemos to-

mar guía más seguro. Despues de las oscilaciones del valor, la division del trabajo es el hecho económico que influye de la manera más sensible en los beneficios y los salarios. Este es el primer piquete plantado por la Providencia en el terreno de la industria; este el punto de partida de esa inmensa triangulacion que debe al fin determinar el derecho y el deber para todos y cada uno de los hombres. Sigamos, pues, nuestros indicios, fuera de los cuales no podríamos sino extraviarnos y perdernos:

*Tu longè sequere, et vestigia semper adora.*

#### CAPÍTULO IV

##### SEGUNDA ÉPOCA.—LAS MÁQUINAS

«He visto con profunda pena la CONTINUACION DE LA ESCASEZ en los distritos fabriles del Reino.»

Palabras de la Reina Victoria en su discurso de la Corona.

Si hay algo que merezca hacer reflexionar á los soberanos, es que, espectadores más ó menos impasibles de las calamidades humanas, se hallan, por la constitucion misma de la sociedad y la naturaleza de su poder, en la absoluta imposibilidad de curar los sufrimientos de los pueblos: les está hasta vedado ocuparse en ellos. Debe permanecer fuera de las atribuciones del poder, dicen de comun acuerdo los teóricos economistas y los representativos, toda cuestion de trabajo y de salario. Desde la elevada esfera en que los ha colocado la religion, los tronos, las dominaciones, los principados, las potencias y toda la celestial milicia, miran, inaccesibles á las tempestades, la tormenta por que pasan las sociedades;

pero no se extiende su poder á los vientos y á las olas. Nada pueden los reyes para la salvacion de los mortales. Y á la verdad, esos teóricos tienen razon: el príncipe ha sido establecido para conservar, no para revolucionar; para proteger la realidad, no para procurar la realizacion de la utopia. Representa uno de los principios antagonistas, y creando la armonía se eliminaria á sí mismo, cosa que sería por su parte soberanamente inconstitucional y absurda.

Pero, como á despecho de las teorías, el progreso de las ideas cambia sin cesar la forma exterior de las instituciones, haciendo continuamente necesario aquello mismo que el legislador no ha querido ni previsto, y que asimismo, por ejemplo, las cuestiones de tributos se hacen cuestiones de distribucion de la riqueza; las de utilidad pública, cuestiones de trabajo nacional y de organizacion de la industria; las de Hacienda, operaciones de crédito; las de derecho internacional, cuestiones de aduanas y de mercados; queda demostrado que el príncipe, no debiendo intervenir jamás, segun la teoría, en cosas que, sin que la teoría lo haya previsto, se hacen sin embargo cada dia por un movimiento irresistible objeto de Gobierno, no es ni puede ya ser, por más que se haya dicho, sino una hipótesis, una ficcion, como la Divinidad de que emana.

Y como al fin es imposible que el príncipe y los intereses que ha de defender consientan en empuñarse y anularse ante los principios que surgen y los nuevos derechos que se crean; siguese de ahí que el progreso, despues de haberse infiltrado insensiblemente en los espíritus, se realiza bruscamente en la sociedad; y que la fuerza, á pesar de las calumnias de que es objeto, es la condicion *sine qua non* de las reformas. Toda sociedad en que esté compri-

mida la fuerza de insurreccion, es una sociedad muerta para el progreso: no hay en la historia verdad mejor demostrada.

Y lo que digo de las monarquías constitucionales, es igualmente cierto respecto de las democracias representativas: en todas partes el pacto social ha atado las manos al poder y conjurado la vida, sin que haya podido ver el legislador que trabajaba contra su propio objeto, ni haya tampoco podido obrar de otro modo.

Deplorables actores de las comedias parlamentarias, monarcas y representantes, hé aquí al fin lo que sois: ¡talismanes contra el porvenir! Se os presenta todos los años las quejas del pueblo, y cuando se os pide el remedio, vuestra sabiduría oculta su rostro. ¿Se hace preciso apoyar el privilegio, es decir, esa consagracion del derecho del más fuerte que os ha creado, y todos los dias cambia? En continente, á la menor señal de vuestra cabeza, una numerosa milicia se agita, corre á las armas, y se pone en órden de batalla. Y cuando se queja el pueblo de que á pesar de su trabajo, y precisamente á causa de su trabajo, le devora la miseria; cuando la sociedad os pide de qué vivir, le recitais actos de misericordia. ¡No teneis energía sino para la inmovilidad, y toda vuestra virtud se vá en aspiraciones! ¡Como el fariseo, en lugar de alimentar á vuestro padre, orais por él! ¡Ah! yo os lo digo, sabemos el secreto de vuestra mision: no existis sino para impedirnos que vivamos. *Nolite ergo imperare*, ¡idos!.....

En cuanto á nosotros, que concebimos bajo un punto de vista completamente distinto la tarea del poder; que queremos que el trabajo especial del Gobierno sea precisamente explorar el porvenir, buscar el progreso, procurar á todos libertad, igualdad, salud, riqueza, continuemos con valor nuestra críti-

ca, seguros de que cuando hayamos puesto al descubierto la causa del mal de la sociedad, el origen de sus fiebres, el motivo de sus agitaciones, no nos ha de faltar fuerza para aplicar el remedio.

§ I. Del papel que desempeñan las máquinas en sus relaciones con la libertad.

La introducción de las máquinas en la industria se realiza en oposición á la ley de división del trabajo, y como para restablecer el equilibrio profundamente comprometido por esta ley. Para apreciar bien el alcance de ese movimiento y comprender su espíritu, se hacen necesarias algunas consideraciones generales.

Los filósofos modernos, después de haber recogido y clasificado sus anales, han sido llevados por la naturaleza de sus trabajos á ocuparse también de historia: y han visto entonces, no sin sorpresa, que la *historia de la filosofía* era en el fondo lo mismo que la *filosofía de la historia*; han visto además que esos dos ramos de la especulación, en la apariencia tan diversos, no eran más que la aparición en la escena de las concepciones de la metafísica, que constituye toda la filosofía.

Ahora bien, si se divide la materia de la historia universal en cierto número de cuadros, tales como matemáticas, historia natural, economía social, etc., se verá que cada una de estas divisiones contiene también la metafísica. Y sucederá lo mismo hasta con la última subdivisión de la totalidad de la historia: de suerte que la filosofía entera existe en el fondo de toda manifestación natural ó de la industria, sin hacer acepción alguna de magnitudes ni de calidades; cabe emplear igualmente bien todos los paradigmas para elevarse á las más sublimes concepciones; y encontrándose los postulados todos de la razón en la más

modesta industria tan bien como en las ciencias más generales, para hacer de todo artesano un filósofo, es decir, un espíritu generalizador y altamente sintético, bastaría enseñarle, ¿qué? su profesión.

Hasta ahora, es verdad, la filosofía, como la riqueza, ha sido reservada para ciertas castas: tenemos la filosofía de la historia, la filosofía del derecho, y aún algunas otras filosofías. Es esta una especie de apropiación que debe desaparecer, como otras muchas de tan noble origen. Mas, para consumir esa inmensa ecuación, es preciso empezar por la filosofía del trabajo, después de lo cual podrá cada trabajador emprender á su vez la filosofía de su oficio.

Así, no siendo todo producto del arte y de la industria, y toda constitución política ó religiosa, del mismo modo que toda criatura orgánica ó inorgánica, sino una realización, una aplicación natural ó práctica de la filosofía, queda demostrada la identidad de las leyes de la naturaleza y de la razón, del ser y de la idea; y cuando, por nuestra parte, establecemos la conformidad constante de los fenómenos económicos con las leyes puras del pensamiento, la equivalencia de lo real y de lo ideal en los hechos humanos, no hacemos más que repetir, para un caso particular, esa demostración eterna.

¿Qué decimos nosotros, en efecto?

Para determinar el valor, en otros términos, para organizar en sí misma la producción y la distribución de las riquezas, la sociedad procede exactamente como la razón al engendrar los conceptos. Empieza por sentar un primer hecho, emite una primera hipótesis, la división del trabajo, verdadera antinomia cuyos resultados antitéticos se desarrollan en la economía social, del mismo modo que hubieran podido deducirse sus consecuencias en el entendimiento; de suerte que el movimiento industrial, siguiendo en